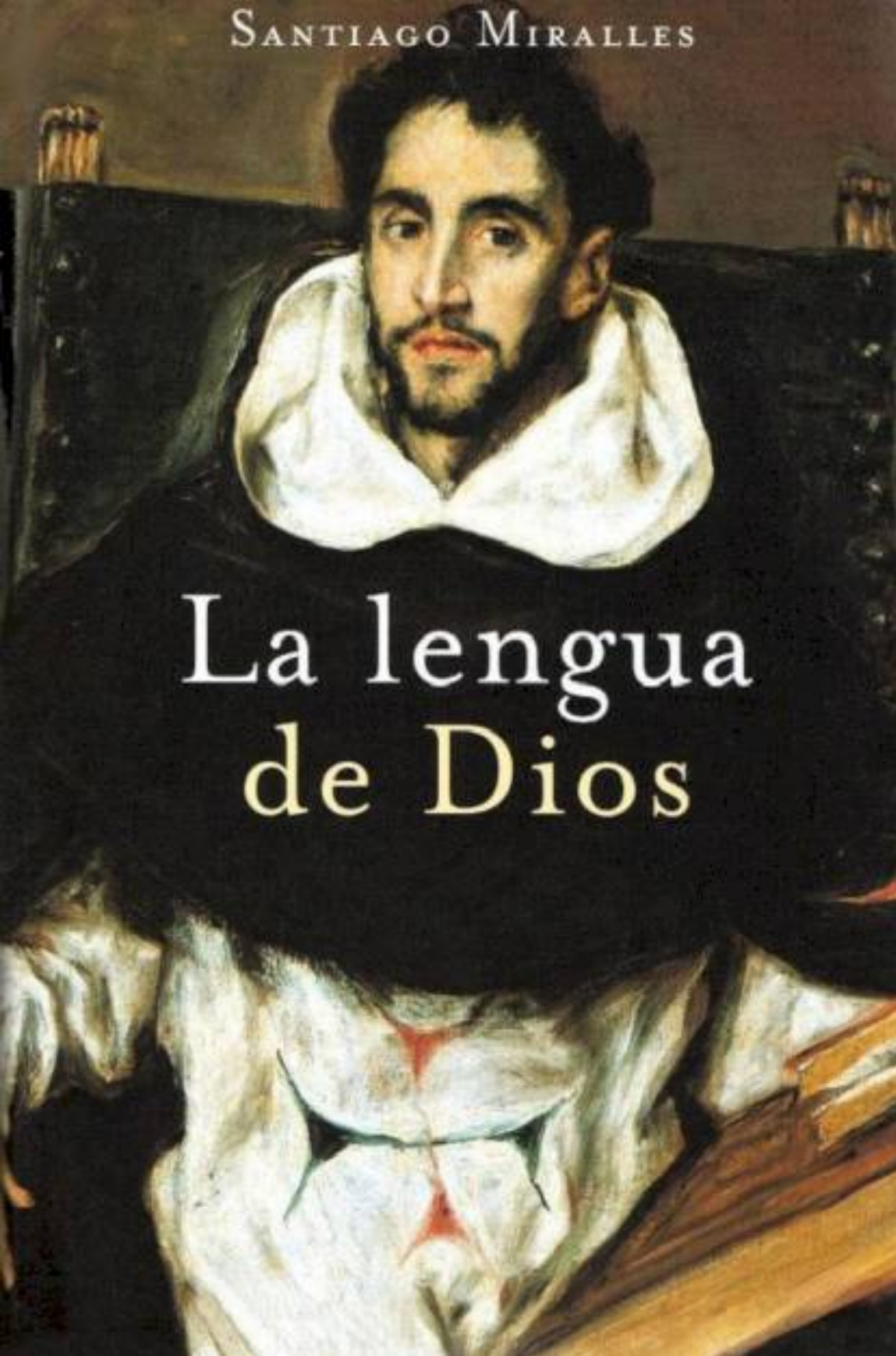


SANTIAGO MIRALLES



La lengua
de Dios

Siglo XVII en España, un gran número de intrigas palaciegas se tejen bajo el enorme poder del valido de Felipe IV, el conde duque de Olivares. Un enfrentamiento entre el predicador real fray Hortensio Félix Paravicino y Calderón de la Barca, hará que el primero caiga en desgracia, mientras el segundo recoge los elogios y el reconocimiento público.

Una trama tan rica, profunda y desconcertante como nuestro Siglo de Oro que protagonizan muchos de nuestros más ilustres escritores y pintores como Quevedo, Lope de Vega, Tirso de Molina, Góngora, El Greco o Velázquez.

Para Bárbara

«Tú no puedes hablarme, y yo apenas si puedo hablar. Mas tus ojos me miran como si a ver un pensamiento me llamaran. Y pienso. Estás mirando allá. Asistes al tiempo aquel parado, a lo que era en el momento aquél, cuando el pintor termina y te deja mirando quietamente tu mundo».

Luis Cernuda: *La realidad y el deseo: retrato de poeta (fray Hortensio Paravicino, por El Greco).*

«Pues sepa quien lo niega y quien lo duda que es lengua la verdad de Dios severo y la lengua de Dios nunca fue muda».

Francisco de Quevedo: *Epístola satírica y censoria, escrita a don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, en su valimiento.*

PRIMERA PARTE

1

CUANDO CALDERÓN PROFANABA CONVENTOS

Amanecía el jueves veinticinco de enero de 1629, conmemoración de la caída de san Pablo en el camino de Damasco. El sol iluminaba sin calor ni afecto y el viento encañonaba las calles revolando todo lo que encontraba en su camino. Detrás de las tapias tiritaban las huertas. El frío crujía con vocación de hielo y penetraba muros, baldosas, tapiques, esteras y alfombras, se abría paso por los tejidos, burbaba la piel y se alojaba en los huesos como un parásito invasor.

Los más afortunados tendrían sirvientes para encenderles el brasero y caldearles la alcoba antes de que salieran de la cama; pero sirvientes, en el barrio de los comediantes, apenas había. Las casas eran humildes y los patrimonios modestos. Abundaban las aves de paso, y no faltaban pájaras que facilitaban placeres de urgencia. Entre la gente del teatro no corría tanto oro como indicaban las apariencias, porque reservaban los lujos para el escenario y, en cuanto se apagaban los aplausos, tenían que componérselas con sus miserias y su mala fama.

A pesar del frío y de la falta de dinero, las mañanas en la parroquia de San Sebastián eran tan tempraneras como en el resto de Madrid. En la plazuela de Antón Martín rebu-

llían desde antes del alba los proveedores que surtían los hospitales de San Juan de Dios y de Montserrat; en los inmensos terrenos del palacio del difunto duque de Lerma los agricultores llevaban horas entregados a sus faenas; y las campanas de Jesús Nazareno, Santa Ana, Santa Catalina de Sena y la Casa Profesa de Jesuitas insistían en no dejar dormir a ningún cristiano.

En el calor del lecho las gentes de la farándula pensaban que tarde o temprano habría que echarse a la calle, que escrito está en el primer libro de la Biblia que el trabajo es el castigo que Dios impuso a los hombres por su afán de saber más de lo que deben. Aunque la representación de la víspera los hubiera dejado molidos y la noche hubiera sido corta, se vestían, se tomaban un trago de aguardiente y un mordisco de confitura de naranja y miel, se santiguaban y dejaban que la vida hiciera con ellos lo que tuviera que hacer. El frío los asaltaba en cuanto salían a la calle, los arañaba y los mordía. Para espantarlo, los comediantes declamaban a voz en grito los versos de la obra que estuvieran representando esos días, los poetas se refugiaban en el mundo caliente de sus creaciones literarias, y los empresarios, que vestían paños un poco más gruesos que los demás, se abrazaban a sí mismos golpeándose los costados.

Los comediantes se reunían para estudiar y ensayar sus papeles en las casas de los autores de comedias. A las once acudían a misa en una de las múltiples iglesias que punteaban el barrio, preferentemente en la de Jesús Nazareno, que se había puesto de moda y servía más de lugar de galanteo que de rezo. Después de recibir la bendición del cura, se agrupaban en la confluencia de la calle del León con las de Cantarranas y Francos para participar en el célebre Mentidero de los Representantes. Esquivando el trasiego de las mulas y las prisas de los esportilleros, hablaban allí de las funciones de la tarde anterior, de los proyectos del corral del Príncipe y del desastre de la flota capturada en Matanzas. Poco a poco los directores de las compañías, a

quienes todos llamaban autores, entraban en harina y negociaban la compra de un texto nuevo que pudiera deleitar al público o los honorarios que cobraría cada farsante por interpretarlo. Los autores tenían que duplicar sus esfuerzos para leer las piezas de los poetas y convencer a sus comediantes de que les merecía la pena seguir bajo su ala. Había mucha ansia de teatro en Madrid, pero también era grande la competencia y los descabros económicos estaban a la orden del día: una obra podía no caer en gracia, un comediante ajeno ponerse de moda y arrastrar a los espectadores al otro corral, o un miembro de la real familia morirse y desbaratar con el luto oficial los proyectos y negocios de tres largos años.

Como la gente de la farándula siempre ha sido sospechosa para las autoridades públicas, el Concejo de la Villa destacaba en el Mentidero a una pareja de alguaciles para que vigilaran prudentemente el buen desarrollo de la reunión callejera. Cuando se cansaban de estar mano sobre mano y golpetear las varas negras en el enlosado, intervenían en las discusiones encareciendo la belleza de una comediante o la sonoridad de la voz de un farsante, porque ellos también acudían a los teatros siempre que podían y, de tanto huronear, hacían reseñas de erudito y calificaban con fundamento la calidad de una obra o la eficacia de una interpretación.

La fuente del Mentidero se iba descongelando. El arco de hielo que manaba del caño goteaba bajo el sol apocado de las doce. Un hombre se divertía resquebrajando el témpano de la superficie con la empuñadura de la espada. Dos mujeres se acodaban en el antepecho de granito y criticaban a una representante, de quien aseguraban que había tenido amoríos con el mismísimo Rey. (Del Rey, en aquel paraje, se hablaba con cierta familiaridad: quien más quien menos había actuado para él en Palacio y le había visto con la boca abierta y la mirada entontecida).

Caballeros y damas, aquéllos muy peripuestos, éstas embozadas hasta las cejas, pasaban como al descuido para sorprender a los comediantes de moda. Los farsantes despertaban pasiones entre el público, y no era raro que en el corazón del Mentidero se intercambiaran miradas y esquelas secretamente y que por las noches cuajaran las proposiciones en las casas de alrededor, que por algo el barrio arrastraba tan mala reputación.

Cuando llegó don Pedro Calderón de la Barca, habría ya una veintena de comediantes exponiendo sus pareceres y dos autores negociando muy quedo los sueldos de una compañía. Don Pedro vestía de negro estricto y, de no haber sido por la valona de lienzo blanco que se expandía bajo el cuello como una bandeja de tela, el contraste entre la oscuridad de la ropa y la palidez del rostro habría hecho pensar que era el ánima de un muerto que buscaba un objeto olvidado en aquella esquina.

Aunque joven, era Calderón poeta conocido. Disimulaba su cara de niño con una pizca de envaramiento y una calvicie temprana. La coronilla despejada debía de ser la venganza de ultratumba de su abuela. Aquella mujer siempre quiso que Pedrillo se dedicara a la vida religiosa, deseo que el poeta había incumplido al volver de Salamanca para demostrar que lo que de verdad le gustaba era la corte, los lances amorosos y, por encima de todo, el teatro.

El teatro era para él la sal de la vida. Cuando paseaba, dejaba ver la espada y la daga a uno y otro lado del cinto, estiraba el cuello, se movía sosegadamente procurando que no saltaran las costuras del jubón, y sacaba pecho, no tanto para impresionar a los miembros del Mentidero cuanto para lanzar invisibles desafíos a Félix Lope de Vega, cuya casa estaba muy cerca de aquel lugar. Todos los poetas que escribían comedias eran deudores suyos, pero sentían el peso asfixiante de su fama y los cegaba la luz de su genio.

En su paseo acompañaba a don Pedro su hermanastro Francisco González Calderón, que se mantenía respetuosamente apartado mientras el poeta se dedicaba a entablar sus contactos. Hablaba ahora don Pedro con el autor Bartolomé Romero y le explicaba que había compuesto ya el último verso de un drama al que había titulado *La gran comedia del príncipe constante y esclavo por su patria*. Convenía que Romero reservara fechas y, sobre todo, que les dijera a sus recitadores que no se comprometieran en los días de Carnaval, que era cuando calculaba el poeta que se podría representar la obra.

Calderón no estaba acostumbrado a mendigar favores. Hacía saber cuáles eran sus deseos sin dejar vislumbrar la punta de ansiedad con que sus colegas, generalmente muertos de hambre, solían dirigirse a los autores de compañías. Como trabajaba de caballerizo para el condestable de Castilla, muchas de sus obras se representaban en Palacio, así que a los autores les interesaba saber qué se traía entre manos. Actuar ante el Rey confería prestigio, y los dineros solían cobrarse limpiamente.

Don Pedro, como una madre encandilada por las gracias de su hijo, enumeraba las virtudes de su *Príncipe constante* y auguraba un éxito seguro a quien tuviera el honor de comprarla. Mientras hablaba con Romero, miraba de reojo a los comediantes y consideraba cuál de ellos interpretaría mejor cada papel, imaginándose al uno vestido de noble portugués, a la otra de señora mora y al tercero de gracioso. Romero torcía el mostacho y calculaba mentalmente cuántos reales convendría pagar por la comedia.

El comediante Pedro Villegas dobló la calle de Atocha y se acercó por la del León. Había representado algún papel en obras de Calderón y ambos se habían tratado medianamente, así que el poeta le saludó al verle llegar: alzó una ceja y, sin prestarle mayor atención, siguió hablando con Romero. Le decía que su hermano Francisco cargaba con una copia de *El príncipe constante*, que si quería podía lle-

vársela a su casa para estudiarla con tranquilidad, que él la había transcrito y no tenía mala letra, aunque, si el empresario quería, podía acompañarle y darle lectura él mismo. Calderón prefería esta alternativa: con su dicción elegante y sus ínfulas de recitador le convencería de la calidad de lo que le estaba vendiendo.

A quienes conocían a Pedro Villegas no les pasó inadvertido que anduviera sumido en sus cavilaciones y no se molestara en sonreír ni estrechar la mano de los presentes. Como era de arranques apasionados y peligrosas venadas de humor amargo, procuraban evitarle si veían que se había levantado con el pie izquierdo. Una mujer embadurnada de polvos hasta cobrar un aire de muñeca de yeso se le acercó e intentó una conversación que se las prometía picante, pero el comediante sólo le dedicó un gruñido, la rodeó y se reclinó en la fuente. Tenía las mandíbulas apretadas y un gesto de disgusto en la boca. Rozó el hielo con los dedos enguantados, se situó detrás de Francisco González Calderón y, sin mediar palabra, se sacó la daga del cinturón y le atravesó la espalda a la altura del hombro.

El acero se hunde fácilmente si lo empuja un pulso airado; se abre paso, penetra, se acomoda en la carne. Los pulmones se asombran y, cuando quieren comprender, el metal se retira súbitamente y deja un hueco de vísceras desplazadas que ha de rellenarse de sangre.

Francisco González Calderón miró perplejo, intentó llevarse la mano a la herida, se dobló por la cintura y se derrumbó dando un alarido.

Antes de que se desatara el griterío y nadie pudiera abalanzarse sobre él, Pedro Villegas envainó la daga y se dio a la fuga por la calle de Cantarranas. Francisco González Calderón yacía en el suelo, boqueaba pidiendo confesión y miraba con ojos desorbitados, como si a fuerza de abrir mucho los párpados quisiera entender lo que le había pasado. La ropilla y la capa se empapaban de sangre. La estocada tenía todo el aspecto de ser mortal.

Pedro Calderón de la Barca se agachó pero, viendo que no faltarían manos que auxiliaran a su hermano, se dejó ganar por el afán de dar castigo al asesino y corrió para darle alcance. Detrás de él se apresuraron varios hombres y los dos alguaciles.

Villegas había bajado corriendo y se había perdido de vista en las proximidades del convento de las Trinitarias, cuyo humilde muro de ladrillo se alzaba muy cerca del Menti-dero. Los perseguidores preguntaron a los curiosos que se asomaban detrás de las rejas de sus ventanas dónde se había metido el malhechor, pero ninguno supo darles razón.

Como los portales de las casas permanecían cerrados, era fácil deducir que había entrado en el convento. La iglesia no estaba abierta, pero sí el zaguán de acceso a la clausura. Pedro Calderón y los alguaciles se metieron en él, aporrearon y gritaron que dejaran paso franco a la Justicia. La llama del candil tembló y el crucifijo de madera quiso cruzarse los brazos y protegerse el pecho. No tardó en abrir la hermana tornera, que se restregaba las manos en el delantal y miraba con ojos de horror. Trotando detrás vino a reforzar la defensa la madre priora, una mujer madura de expresión enérgica con una sombra en el labio superior que tenía mucho de bigote.

—Entréguennos inmediatamente al asesino que se ha refugiado en este convento —exigió sin saludos ni preámbulos uno de los ministros de la Justicia.

—Ave María Purísima —le enmendó la priora como si quisiera darle una segunda oportunidad.

—Sin pecado concebida —contestó don Pedro Calderón de la Barca—. Un hombre llamado Villegas acaba de acuchillar a mi hermano a traición y por la espalda. Se ha refugiado en este convento. Entréguenle si no quieren que entremos nosotros mismos a buscarle.

La hermana tornera y la madre priora se hicieron cruces y dijeron que no sabían de qué les hablaban. Desde la iglesia y abotonándose la sotana llegó el vicario del convento.

—¡Salgan de aquí inmediatamente! —les conminó—. ¡Aprendan a respetar la santidad de este lugar!

—¡No hay santidad para los asesinos! —respondió Pedro Calderón antes de que los alguaciles tuvieran tiempo de hacerlo.

Ni ellos ni los comediantes se atrevían a dar un paso. El umbral del zaguán era el límite del respeto debido a las religiosas, pero Calderón agarró el pomo de su espada sin desenvainarla y clamó girándose hacia ellos:

—Ya han oído vuestras mercedes: no hay sagrado para los asesinos. ¡Adelante! ¡Sígueme! Que es mucha coincidencia que Villegas corriera con tanta determinación a este lugar y que aquí desapareciera.

Dejando a un lado a la priora y a la tornera, atravesaron el locutorio y llegaron a la primera galería del claustro. Era éste un patio pequeño con pilares de ladrillo en la planta baja y vigas de madera y zapatas con alero en la superior. Al irrumpir los intrusos, las monjas, que se habían acercado a curiosear, se retiraron apresuradamente a sus celdas. El revoloteo de los hábitos y los gorjeos con que ahogaban sus gritos sólo sirvieron para que a los hombres les crecieran las ganas de perseguirlas. El vicario, sudoroso y acezante como si tuviera que vérselas con las hordas de los mongoles, les cortó el camino de la iglesia plantándose delante de ellos. Con las piernas y los brazos abiertos, alzó la voz y les ordenó que no fueran más allá si no querían que cayera sobre ellos pena de excomunión. Su mirada y sus palabras podrían haber inspirado algún efecto, pero el cuerpo rechoncho y la sotana recosida y condecorada de lamparones movían a lástima. El alguacil más enérgico lo apartó displicente y entró en la iglesia. Le siguieron los demás con estruendo de botas y exclamaciones.

A simple vista no había nadie en el templo, pero las rejas del coro bajo, las celosías del alto y los balcones de las tribunas invitaban a pensar que el asesino pudiera estar es-

condido y se riera de ellos contemplándolos desde la oscuridad.

Salieron decididos a inspeccionar todas las dependencias del convento. Detrás de los alguaciles y de don Pedro Calderón de la Barca iban los comediantes y los curiosos que habían llegado al ver las puertas de la calle abiertas de par en par y oír semejante bullicio. El vicario, rojo de indignación y sudoroso como un jamón grasiento, lanzaba anatemas y los amenazaba con todos los males del cielo y la tierra si penetraban en la clausura.

—Aquí no hay ningún malhechor, pero, aunque lo hubiera, estaría acogido a sagrado. La Justicia no puede entrar. ¡Es la casa de Dios!

El convento era pequeño y destartado, de pobre fábrica, y había ya proyectos de derribarlo y construir uno más decoroso. Los intrusos inspeccionaron el refectorio, las cocinas, los coros, la sala capitular, y no pararon en barras cuando se vieron delante de las celdas. Estaban convencidos de que Villegas se había escondido allí y de que alguna de las religiosas, si no todas, era cómplice de encubrimiento. Abrieron las puertas una tras otra. Las monjas, atónitas, se santiguaban como si aquella invasión fuera más insidia del diablo que suceso del siglo que les había tocado vivir. Las timoratas se acurrucaban en el rincón más alejado; las aguerridas se encaraban e imprecaban. No faltaban las que hacían gala de una sobrevenida vocación de mártir y se arrodillaban en el reclinatorio con la cara oculta entre las manos para esperar que el filo de una espada hereje les cortara el cuello o las mutilara horrendamente.

Los perseguidores, no contentos con revisar todos los recovecos de las celdas, husmear debajo de los catres y abrir las tapas de los baúles, les exigían que se quitaran el velo para comprobar que era cutis de mujer y no barbas de facineroso lo que allí se ocultaba. Por si no bastara esta humillación, las obligaban a levantarse el vuelo del hábito, no fuera a ser que el asesino se les hubiera metido dentro de

la campana de las enaguas. Las monjas se sentían desfallecer: aquellos brutos eran los primeros hombres que veían sus tobillos desde que tenían uso de razón.

Cuando los intrusos comprobaron que ninguna de las religiosas había adoptado al forajido entre sus ropas, volvieron a examinar el resto del convento. No dejaron rincón de la clausura por escudriñar ni armario por fisgar. Un ruido apagado los llevó a la iglesia, pero cuando llegaron se encontraron con que un comediante había tirado por tierra una imagen de santa Cecilia. Miraron detrás de las estatuas y bajo los ropajes de los altares, e hicieron sonar las losas de los enterramientos con los nudillos para comprobar que no disimulaban cámaras secretas. Un puñal rasgó la nariz de san Agustín del lienzo de una capilla, pues sospecharon que su mirada de visionario no podía esconder cosa buena. Gracias al golpe de la cazoleta de una espada, se divorció a la Virgen de su Hijo en una piedad flamenca de alabastro que descansaba sobre el tapete de un altar.

En la vorágine, don Pedro Calderón halló un gramo de sensatez para evitar que uno de los alguaciles se acercara a las tumbas de Miguel de Cervantes y su mujer. Más que por respeto al autor de *Don Quijote*, a lo mejor lo hizo porque sabía que su odiado y admirado Lope tenía la peor opinión de esa novela.

Fueron exhaustivos. Componían un grupo nutrido para un convento pequeño, pero no hallaron ni rastro del fugado. Cansados y desconcertados, se dieron por vencidos y salieron balbuceando disculpas. El vicario y la priora profesaban amenazas, repetían que aquello había sido un abominable sacrilegio y auguraban castigos eternos para quienes habían procedido con tan poca consideración.

Contemplando los muros del palacio del duque de Lerma, que allí mismo estaba y que servía de contención de la perspectiva del Prado de San Jerónimo, uno de los comediantes concluyó que sin duda algún hechizo había permitido al asesino disolverse en el polvo del claustro o convertir-